

EL VIAJE MITOLÓGICO (fragmento adaptado)

Al día siguiente, me encontraba en mi habitación jugando a Planet Wars Battlefront. Era uno de mis videojuegos favoritos, y normalmente pasaba sin dificultad de un nivel a otro. Pero, por alguna razón, mi puntería era peor que otras veces, y los sedientos Morlacks, alienígenas implacables que querían apoderarse de nuestras reservas de agua, llevaban las de ganar. Ni siquiera la triste perspectiva de pasar el resto de mi vida acarreando agua para ellos provocaba mi reacción.

El juego era demasiado lineal, estaba harto de disparar contra todo lo que se asemejara a un Morlack y las acciones de mis rudos compañeros —el capitán Mendel y los soldados Urth, Kaunas y Talliaferro— me parecían excesivamente previsibles. A su lado, hasta el gigante Goliat era un prodigio de sutileza. Por no hablar del astuto Ulises.

Dejé de jugar y pensé en los libros, en el poder que tenían para buscar nuestra complicidad y para despertar en nosotros sentimientos desconocidos. Y eso que yo solo había viajado a ellos, y no había leído ninguno. Recordé algo que me había dicho Pa: que el mérito de los buenos libros no dependía únicamente del argumento que contaban, sino del orden de las palabras y las frases. Quizá debía hacer un nuevo esfuerzo, empezando por los libros a los que había viajado.

Busqué el texto de la Biblia en Cosmonet y di con tres o cuatro versiones. Por lo visto, aún tenía lectores entre los navegantes.

El combate de David contra Goliat ocupaba solo una pequeña parte de un capítulo del Primer libro de Samuel. Lo leí de un tirón en la computadora, aunque no entendí todas las palabras. No encontré

nada en él que no estuviera en mi viaje, salvo que al final yo no había querido cortar la cabeza del gigante y, confiando en su sinceridad, le había tendido la mano.

Sin embargo, me gustaron la sencillez del libro y su sabor antiguo y repetitivo, que producía un ligero efecto hipnótico, como el refresco de cola. Supongo que eso era lo que Pa llamaba el ritmo de la historia. Mientras lo leía, me pareció ver el rebaño de ovejas asustadizas y las piedras donde se agazapaba el leopardo.



También La Iliada se hallaba en Cosmonet. Al principio, me desconcertó un poco. Aunque Pa me había dicho que se trataba de un poema, no esperaba que la versión en español estuviera en verso, y además me perdía entre tantos dioses extraños. Pero me dejé llevar por el texto en cuanto aparecieron los personajes que me resultaban familiares: Ulises, Agamenón, Príamo y, sobre todo, Helena.

Seguía leyendo cuando Pa llegó a casa esa noche, y me quedé leyendo cuando se acostó. Nueve protestó, porque aún estaba programado para recordarme que me fuese a dormir temprano. Así que apreté los botones correspondientes, que llevaba ocultos en el vientre, y ajusté su comportamiento al horario de verano, mucho más agradable. Al momento, se acurrucó a mis pies y cerró los ojos.

Hacia las cuatro de la madrugada apagué la luz, pero no pude dormir. Acababa de leer ese canto de La Ilíada donde Héctor mata a Patroclo, confundiéndolo con Aquiles, y temía la venganza de este cuando se enterase.

Al final, la curiosidad pudo más. Harto de dar vueltas en la cama, encendí la luz, me senté ante la computadora y continué leyendo. Casi grité cuando el hijo de Héctor rompe a llorar, incapaz de reconocer a su padre en aquel guerrero de tremolante penacho y brillante armadura, que se le acerca para despedirse. Presentía lo peor, y el recuerdo de que, en su viaje a La Ilíada, Pa había asumido el papel de Héctor, aumentaba la emoción de la lectura. Precisamente en aquel momento apareció Pa en la puerta de mi habitación. Acababa de levantarse para ir a la agencia.

—¿Qué haces? ¿No duermes? —me preguntó.

—Ya lo ves, leo La Ilíada.

No dijo nada, pero en la penumbra me pareció que sonreía. Con un nudo en la garganta, asistí a la horrible muerte de Héctor, a la profanación de sus restos y a esa escena del canto final donde Aquiles y Príamo, el guerrero furioso y despiadado y el viejo y respetado rey de Troya, se abrazan y lloran juntos. El texto acababa abruptamente, con los funerales

de Héctor. Desconcertado, apreté varias veces la tecla de avance, hasta que recordé lo que Pa me había contado: que el final de Troya no se contaba en La Ilíada, sino en La Odisea. Así, un libro me llevó a buscar otro. Ya en La Odisea, me embarqué con Ulises, rumbo a la isla de Ítaca. Sin necesidad de pasar por Bibliotravel ni ocupar el sillón reclinable, viajé al país de los comedores de lotos, burlé al cíclope Polifemo, pariente lejano de Goliat, conocí a la hechicera Circe, que estuvo a punto de transformarme en cerdo, visité el reino de los muertos, escuché los cantos seductores de las sirenas y llegué a la isla de la ninfa Calipso, que me retuvo durante siete largos años. Luego, convertido en Telémaco, el hijo de Ulises, partí en busca de mi padre y escuché de labios de sus antiguos compañeros de batalla la historia del caballo de madera y el final de la ciudad de Troya, que no coincidía, naturalmente, con el mío. Y, de nuevo transformado en Ulises, volví a mis tierras de Ítaca, fui reconocido por mi fiel perro Argos y reencontré a mi mujer, Penélope, tejiendo un tapiz interminable. Uno a uno maté con mis flechas a todos sus pretendientes. Aprendí varias cosas. Una, que cuando uno lee un libro relaciona continuamente lo que está leyendo con lo que ha leído o con lo que sabe, de modo que uno va cambiando mientras lee, y al mismo tiempo va aportando al libro detalles, como un paisaje o una cara, que no estaban en él. Eso puede parecer obvio, pero yo no lo sabía. Si hay un objeto realmente interactivo, es el libro.

Muñoz, Vicente. 2083 (fragmento y adaptación de Editorial Don Bosco). Edebé

Resuelve las actividades que te planteamos a continuación:

- 1. Busca fragmentos en el texto que confirmen los siguientes puntos.**
 - El protagonista está leyendo las obras por Internet.
 - El padre del protagonista (Pa) disfruta con que su hijo lea.
 - El protagonista ya había viajado virtualmente a los libros.
 - El protagonista conocía a los personajes de las obras antes de leerlas.

- 2. ¿Por qué crees que el protagonista habla en primera persona en los últimos párrafos de la lectura?**

- 3. 4. Según la información que puede desprenderse del texto, escribe dos adjetivos para caracterizar a cada uno de estos personajes:**
 - Héctor
 - Príamo
 - Aquiles
 - Ulises

- 4. Teniendo en cuenta el contexto de la era digital futurista en la que está ambientada la lectura, explica el significado de la última afirmación: «Si hay un objeto realmente interactivo, es el libro.»**